

Pollini y la princesa

Nos construimos con la vida de los otros, pero eso no nos faculta para apropiarnos de su privacidad

MARTA SAN MIGUEL



La noticia de la muerte de Maurizio Pollini apareció en la pantalla entre el atentado en Moscú, el novio de Ayuso o la situación del tráfico a las puertas de las vacaciones. A pesar de la frialdad con que ordenamos la actualidad en los periódicos, el estupor que sentí al leer el titular fue como si hubiera fallecido alguien conocido. Y no. A Maurizio Pollini, pianista italiano de 82 años, no le conocía. Llevo veinte años escuchando sus discos y debiéndole buena parte de lo que he escrito desde entonces, pero no le he entrevistado, nunca hablé con él y tampoco llegué a verlo tocar en directo. Sin embargo, cuando leí la noticia, quiso asomar una lágrima por un profundo afecto familiar. ¿Qué es un desconocido, entonces? ¿Y para qué nos faculta ese vínculo que establecemos con quienes admiramos o seguimos?

La empatía es una de las cualidades más humanas que tenemos, hasta el punto de que somos capaces de sentir entre las costillas y debajo de nuestros párpados lo que les pasa a personas que no conocemos. Nos construimos también con la vida de los otros. Es una cualidad bellísima que nos proporcionan las emociones, pero ese vínculo también es una ilusión de la que se nutren las publicaciones del corazón, las redes sociales o las conversaciones sin ánimo de lucro en una cafetería. Por eso, ante las toneladas de palabras y conjeturas que se han vertido sobre Kate Middleton, deberíamos revisar la apropiación que hacemos de las vidas ajenas. Al ver el vídeo con la familiaridad con la que nos asomamos a su imagen pública, uno siente que está escuchando a una conocida hablándole de un diagnóstico, un tratamiento y los siguientes pasos que va a ir dando para enfrentar la enfermedad. Sin embargo, lo que tenemos delante en realidad es a una madre empeñada en sobrevivir al cáncer y no dejar tres niños huérfanos.

Estos días se hablará más de Kate Middleton que de Maurizio Pollini, qué duda cabe. Si acaso el pianista será protagonista de elogiosas necrológicas y habrá homenajes al personaje público que fue. Pero en lo privado, ¿qué le debemos? Yo algunos capítulos de mi novela y muchos artículos que escribí en El Diario Montañés, donde trabajaba, porque los redacté escuchando sus cinco conciertos para piano de Beethoven. Cuando no sabía cómo arrancar un texto o titular un reportaje, me ponía los auriculares, escuchaba las notas con las que Beethoven construyó sus imperios y empezaba a teclear de la mano de Pollini. En cambio, no tengo claro que detrás de todo lo que se escribe sobre la princesa haya música. Aunque la sientan suya en lo público, eso no nos faculta a nada más: simplemente es una madre que necesita descansar. Y en privado.

Una paradoja que obliga a actuar

PAULINO RIVERO

Expresidente del Gobierno de Canarias

Esta peliaguda situación a la que estamos llegando exige una reflexión urgente, para la consiguiente toma de medidas, antes de que se convierta en insostenible

Hace unos días, los medios de comunicación de Tenerife describían una estampa que vivían en tiempo real, en un rincón del sur de esta isla: «Un total de 210 personas vulnerables, pertenecientes a unas 90 familias, entre las que se encuentran niños, embarazadas, mayores, enfermos, refugiados ucranianos y ciudadanos de otras nacionalidades, están desde la mañana de ayer en la calle, como consecuencia del desahucio del edificio Chasna 8, en Costa del Silencio (Arona), ordenado por el Juzgado de Primera Instancia nº 3, por los problemas estructurales de la construcción, que tiene riesgo de derrumbe».

La narración del periodista añadía que «en los alrededores del edificio se podían ver los corros de personas, junto a sus colchones, muebles, maletas e, incluso, alguna bombona. Algunos en sillas de ruedas y otros, con los carritos de sus bebés. La tensión en el ambiente era palpable. Incluso, en algún momento, llegaron a escucharse llantos y gritos desesperados a los agentes de la Guardia Civil, que entraron en el inmueble para comprobar que estaba vacío. También se veía otras familias que esperaban resignadas junto a sus enseres, sentadas en sillas y bajo algunas sombrillas para refugiarse del sol mañanero».

La escena descrita no ocurrió en una área deprimida y subdesarrollada de las islas. Tampoco estaba fechada en plena situación de cataclismo económico o turístico. O en una etapa en la que los nacidos o residentes en esta tierra estábamos abocados a emigrar, porque el archipiélago no ofrecía oportunidades de trabajo, cuando la necesidad y la miseria empujaban a cruzar el Atlántico, en busca de las oportunidades que no surgían aquí.

De ahí que insistamos en que la escena descrita por el periodista tuvo lugar en uno de los municipios con mayor renta de las islas. En el corazón de la zona de expansión turística de Tenerife y en unos momentos en los que nuestra economía



JUAN CARLOS ALONSO

crece por encima de la media española, con la ocupación turística pulverizando todos los récords históricos.

Por si fuera poco, los hechos sucedidos en la Costa del Silencio surgen en medio de una queja generalizada, prácticamente en todos los sectores, acerca de la escasez de mano de obra para un sinnúmero de ocupaciones. Y ello, paradójicamente, cuando seguimos soportando unos niveles de paro entre los más altos de Europa, por más que nuestra economía genere puestos de trabajo, sin que los residentes hallen incentivos suficientes para emplearse.

Con todo, la falta de incentivos para que la gente trabaje y la obtención de ayudas a quienes no quieren hacerlo constituyen el cóctel perfecto para seguir aproximándonos, poco a poco, a un modelo de sociedad más parecido al de determinados países sudamericanos que a los más competitivos de occidente.

Mientras tanto, al tiempo que nuestro empresariado turístico anuncia otro lleno para esta Semana Santa, persiste en su denuncia acerca de la perenne escasez de mano de obra. No encuentran cocineros, ayudantes de cocina, camareros,

gobernantas, camareras de piso... Todo un contrasentido. La carencia de medidas incentivadoras o coercitivas para ocupar a la población desempleada empuja al sector a seguir acudiendo a la importación de mano de obra foránea. En consecuencia, los trabajadores incorporados, procedentes del exterior, pasarán a engrosar también las listas de usuarios de servicios públicos como la sanidad y la educación. Demandarán unas viviendas cada vez más escasas. Incrementarán el parque móvil de vehículos en carreteras de por sí colapsadas...

Sin duda alguna, esta peliaguda situación a la que estamos llegando exige una reflexión urgente, para la consiguiente toma de medidas, antes de que se convierta en insostenible. La bonanza del sector turístico y un crecimiento económico por encima del observado en el conjunto del Estado convierten en injustificable cualquier bolsa de miseria, igual que problemas sociales emergentes como el aludido en Costa del Silencio. Se trata de una amenaza muy peligrosa sobre nuestra sostenibilidad social, que obliga a fijar la atención en el problema y dejar de mirar hacia otro lado.

DESDE MI SOFÁ

‘Kilómetro 101’

VICTORIANO S. ÁLAMO

Periodista



La injustificada y salvaje invasión de Ucrania, las recientes elecciones amañadas y el atroz atentado del pasado viernes sirven como excusas estos días para adentrarse en una literatura reciente que nos acerque a entender un poco mejor a Rusia. A eso hay que unir que, como es bien sabido, entre los grandes de la historia de la literatura universal figuran bastantes autores nacidos de este gigantesco y poderoso país euro-

peo-asiático.

Maxim Ósipov (Moscú, 1963) está considerado como uno de los autores contemporáneos más sobresalientes de Rusia. Libros del Asteroide ha publicado varios de sus volúmenes. El último de este autor, que abandonó su país natal por su rechazo a la invasión de Ucrania, es ‘Kilómetro 101’. El título alude a las restricciones que padecían aquellos que habían pasado por la cárcel por cuestiones po-

líticas en la Unión Soviética y es que una vez liberados no podían vivir a menos de 101 kilómetros de distancia de las grandes ciudades. Así nacieron distintos enclaves como el que inspira los relatos de este breve libro. Textos basados en la propia experiencia de Ósipov como médico en una de estas localidades medio rural y urbana, en concreto Tarusa.

Sus relatos son secos. Sin artificios y con metáforas muy rusas, muy suyas. A la altura del mundo que relata, un país en el que, en muchas cosas, el tiempo se detuvo hace mucho y donde el paso del zarismo al comunismo no fue más que un engaño. Nada cambió. Los que estaban en la maquinaria del poder vivían de fábula y el resto, no. Hoy todo sigue igual, con el alcoholismo, la violencia y las desigualdades marcando el paso. Atroz.